

Bien. ¿Tenía que suceder? O, viendo que sucedía, ¿hizo ella que sucediese? O bien, si se hubiera contenido deliberadamente cuando Renate cogió la jarra, ¿podría no haber ocurrido? ¿Y dónde estaba ocurriendo antes de que realmente hubiese ocurrido?

Interrogantes como estas se derraman igual que la crema de chocolate. Volveremos a encontrarnos con ellas a menudo, cuando examinemos ciertos sueños en este y otros capítulos, y las respuestas no serán más fáciles.

Un vecino y amigo—lector universitario de extramuros y también excelente crítico dramático—vino a verme, dos o tres semanas después de que hubiese clasificado yo la mayoría de mis cartas, con lo que él denominó «unos apuntes rápidos». Tales apuntes relatan una historia similar a docenas de otras historias que he relegado al montón C por inaceptables. La diferencia en este caso radica en que yo conozco bien al autor, quien me consta es persona inteligente y escrupulosamente veraz.

Tras observar que esas experiencias «son lo bastante turbadoras para haberme impulsado a ocultármelas a mí mismo y a los demás, durante mucho tiempo», prosigue:

Desde la edad de cinco años, he previsto intermitentemente acontecimientos que se han producido a continuación. Lo extraño de tales previsiones estriba en el hecho de que siempre han sido acompañadas por la gráfica del nombre de la persona principalmente implicada en el acontecimiento. Por ejemplo:

Tres semanas antes de que el duque de Kent muriese en un accidente de aviación, durante la guerra, estaba yo jugando a la pelota en el jardín de nuestra casa de Gales, cuando tuve la repentina visión de un aeroplano en el momento en que se estrellaba contra el suelo. En la parte superior de la «foto», por así decir, como una especie de titular, campeaban las palabras «El duque de Kent».

Unos quince días antes de que muriese en accidente aéreo, en un «Comet», Chester Wilmott, tuve la visión de un avión que estallaba en el aire, con las palabras «Chester Wilmott» escritas como titular de una fotografía. Supongo que recordará ese nombre como el de un corresponsal de guerra muy conocido.

Unos dos días antes de su muerte en un accidente automovilístico, vi el nombre del actor cinematográfico Bonar Colleano escrito sobre la «foto» de una violentísima colisión.

Son estos tres ejemplos de unos diez en total que recuerde. Todos ellos, incidentalmente, se refieren a muertes violentas, y siempre el nombre de la persona implicada aparece como una especie de titular. La única persona a quien he confiado estos hechos ha sido a Bárbara (su esposa), y ella puede confirmar algunos de ellos. No ha habido nunca preliminares a tales visiones, cada una de las cuales tuvo lugar en pleno

día, y, según recuerdo, hallándome al aire libre. De las dos o tres primeras no hice caso en el momento en que las tuve, pero recuerdo claramente haber adquirido conciencia de ellas al no experimentar ninguna sorpresa cuando se produjo efectivamente el acontecimiento «real». En una palabra, yo ya lo sabía, y, cuando se anunciaba la noticia, me parecía que se trataba de una noticia vieja...

Estas notas invitan a hacer algunos comentarios. Para empezar, no debe sorprendernos el hecho de que esas visiones adoptasen la forma que adoptaron. Como indicó Dunne, también las primeras páginas de los periódicos pueden formar parte del futuro, y pueden ser lo que a veces veamos nosotros, no los acontecimientos que relatan. Por otra parte, aun concediendo cierto margen al prejuicio que no he tratado de ocultar, parece más razonable creer a mi amigo que rechazar sus «previsiones». No habrá pretendido engañarme. Ni veo razón alguna para que quisiera engañarse a sí mismo. No sustenta unas creencias que le impulsen a desear lo milagroso; no está orgulloso de haber experimentado tales experiencias, que tienden más bien a embarazarle; no estaba emocionalmente relacionado con el duque de Kent, Chester Wilmott o Bonar Colleano; no ha hecho ningún intento para atisbar el futuro, ni ha mirado bolas de cristal o charcos de tinta. Ha recibido esos mensajes de manera casi tan impersonal como podría haberlos registrado un instrumento.

No creo que la telepatía pueda explicarlos, ni tampoco la coincidencia, a menos que estemos dispuestos a admitir que realmente recibió millares de mensajes de esa especie y los olvidó todos, excepto los pocos que se realizaron. Por mi parte, no creo esto, pues ello significaría que mi amigo es idiota o deshonesto.

Por último, dos cartas que me parecen dignas de reproducirse íntegramente. Por razones que se conocerán más adelante, decidí rechazar los sueños que describían como ejemplos de precognocimiento; pero ambas son tan curiosas y fascinantes, que merecen un lugar aquí. El primer sueño procede, como era de esperar, de Irlanda:

En ese sueño, conducía yo mi automóvil por una calle próxima a mi casa, cuando de repente, surgiendo de la nada, según me pareció, una niña de unos tres años de edad apareció delante del coche. A pesar de mis esfuerzos, no pude evitar el atropello. Al apearme del vehículo, me dijeron que la niña estaba muerta. La contemplé tendida en el suelo y me sentí completamente destrozada, aunque no tuve la menor oportunidad de

salvarla de lo que me pareció ser su sino ineluctable. Debo subrayar ese sentimiento de ineluctabilidad que me sobrecogió.

Cuando me desperté, pensé con horror que tendría que recorrer en automóvil aquella calle en aquella misma mañana, para ir a comer con mi hija más joven, y resolví conducir con más prudencia que nunca. Al acercarme al lugar, escudriñé con sumo cuidado los alrededores, buscando algún signo que denotase la presencia de niños, pero no se veía ninguno. Solo vi unas cinco mujeres, que esperaban en una parada de autobús. Profundamente aliviada, eché una ojeada al velocímetro, para comprobar la marcha, y, al levantar de nuevo la mirada, quedé horrorizada al ver, de pie e inmóvil en medio de la calle, a la niña de mi pesadilla, idéntica en todos los detalles, hasta el mismo cabello oscuro y rizado y la rebecca de intenso color azul que llevaba puesta. No me atrevía a tocar la bocina, por temor a sobresaltarla y precipitar lo que presentía había de ser un accidente mortal. Conseguí detener lentamente el coche delante de la niña, casi tocándola. Ella no se había movido. Seguía mirándome fijamente.

Entre tanto, las mujeres que esperaban en la parada del autobús no dieron la menor muestra de interés, y nadie se molestó en apartar de la concurrida calzada a tan tierna criatura. En realidad, parecían más interesadas por el hecho de que yo me hubiera detenido. Profundamente conmovida, reanudé la marcha y, mirando en el espejo retrovisor, vi que la niña continuaba aún allí, sin que nadie se ocupara de ella. Cuando llegué al piso de mi hija, lo hice con más de media hora de retraso. Al abrirme la puerta, aprecié que estaba muy preocupada y trastornada, y en seguida me dijo cuánto la alegraba verme sana y salva.

Le pregunté por qué se había preocupado tanto, ya que hace más de treinta años que llevo un volante en las manos. Me miró y respondió: «Lo sé, mamá; pero anoche tuve una pesadilla terriblemente clara. En ese sueño, atropellaste y mataste a una linda niña, con unos hermosos cabellos oscuros y rizados, que llevaba puesta una rebecca de color azul intenso...»

Admito que el narrador profesional que hay en mí no pudo por menos que sentirse receloso. Con su nítido final, este relato de un sueño y lo que siguió al mismo me pareció demasiado bueno para ser verdad. Así, pues, solicité confirmación y la recibí, no solo de la autora de la carta, sino también de su marido, a quien ella había contado su sueño a la mañana siguiente y había relatado por la noche los acontecimientos que tuvieron lugar durante el día. También recibí confirmación de su hija, quien tuvo efectivamente el sueño que en seguida describió a su madre. Había, pues, un doble sueño respecto a la madre que atropellaba y mataba a la misma niña. Pero, a juzgar por la conducta de los espectadores en la calle, resulta obvio que allí no había realmente una niña, sino solo un fantasma surgido del doble sueño.

Lo que ha funcionado aquí ha sido la telepatía, no un efecto del Tiempo. Si fue la hija quien tomó de la madre el trágico episodio de la niña, o fue la madre quien lo tomó de la hija, es algo que no podemos dilucidar. Algunas personas podrían argüir que el sueño de la madre tuvo carácter precognoscitivo, basándose en lo que la hija le diría doce horas más tarde. Pero esta explicación me parece muy forzada. Y, en todo caso, ¿por qué había de aprehender el sueño solamente la madre y no la hija? Lo que resulta cierto es que este fascinante doble sueño bien merece la atención de los expertos e investigadores del ESP.

La segunda carta describe un sueño, o, más bien, una serie de sueños, y un acontecimiento real, que juntos sugieren un bosquejo sucinto y perfecto de una narración gótica de misterio y terror:

Desde la fecha más lejana que me es posible recordar, soñé una y otra vez que caminaba por un sendero de un cementerio, percibiendo con toda claridad e intensidad cada uno de los detalles de la capilla y el campo santo. Unos caballos vagaban sin rumbo, el único factor irreal del sueño, y mis largos cabellos colgaban lacios y adherentes.

De pronto me sentía irresistiblemente atraída hacia una tumba. Al leer la inscripción de la lápida, experimentaba una terrible sensación de caída y me despertaba en un estado de espantosa depresión.

Este sueño se repitió una y otra vez durante toda mi infancia, sin que jamás difiriese en ningún detalle.

Cuando tenía doce años, pasé unas vacaciones en New Forest. Un día, mientras regresaba en bicicleta a casa, después de haber estado nadando, descubrí el cementerio que tantas veces vi en sueños, exacto en todos los detalles, incluso los caballos fuera de la verja. Mis cabellos colgaban lacios y húmedos. También di con la tumba. Parecía una tumba corriente, hasta que leí la inscripción: *Falleció el 29 de abril de 1934*.

El día en que nació.

Nunca más volví a tener aquel sueño.

Esta carta hizo aún más receloso al narrador profesional que hay en mí. Desconfié en seguida de aquel nítido giro del final, de aquel descubrimiento de la lápida en la cual la fecha de la muerte era también la del nacimiento de la autora de la carta. Parecía un buen truco para una novela, pero no tenía mucho sentido como hecho de la vida real. Aunque aceptásemos la reencarnación, cosa que yo no admito, no se puede creer en un cambio de existencia tan rápido, que mientras una termina la otra comienza. Yo, por lo menos, no puedo creer que una persona que murió el 29 de abril de 1934 pudiese acosar de manera misteriosa